tué tan espontáneo el acto, y tan ingénuo y tan sincero que todos prorumpieron en aplausos; y oficiales, diputados, senadores, pueblo, cuantos pudieron, rodearon al militar gritando palabras de entusiasmo, saludándole y prodigándole toda clase de demostraciones afectuosas. Él no sabia á donde volverse ni á quién dar gracias; y andaba casi llevado en triunfo por la multitud que lo aclamaba, conmovido hasta un extremo indescriptible.

Poco á poco todos se colocaron en sus carruajes, dirigiéndose unos hácia Peschiera y Pozzolengo y otros hácia Lonato.

Así terminó el dia 24 de Julio de 1870; dia desde entonces doblemente querido, doblemente caro para Italia; porque le recuerda una de las más gloriosas victorias de sus hijos y una de las más nobles solemnidades realizadas en honor de los que sucumbieron por ella.

¡Quiera el cielo que los tres pueblos que estrecharon su mano en la falda de esta colina, tengan siempre ante los ojos de la conciencia y en lo más profundo del corazon la imágen de aquellas tres banderas que ondean juntas sobre la torre de Solferino; y haga Dios que esta imágen despierte en el alma de todos, como hizo hoy en la nuestra, un elevado deseo de paz, de fraternidad y de amor!





A FRANCIA

[Agosto de 1874.]



EXENDO y releyendo las páginas que siguen, un año despues de haber sido escritas, experimenté una sensacion de

amargura y un sentimiento casi de piedad, que me hizo sonreir.

Pero no quería relegar al olvido un escrito mio, que me recuerda conmociones de las más profundas de mi vida; y porque temía, por otra parte, que al leerlo, tal cual se escribió, sonriesen otros, tomé la pluma para corregirlo, ora mitigando la viveza y espansion de ciertos conceptos, ora aplacando ardores de determinados sentimientos, ya para cambiar ó quitar aquí ó allí imágenes, símiles, comparaciones y juicios, á los cuales quitaron posteriores acontecimientos color y valor.—Pero me avergoncé luego de mi propósito, puesto que advertí que se derivaban de un sentimiento poco digno: quería velar, esconder el afecto que me habían inspirado aquellas páginas, sólo

porque las previsiones, las esperanzas, los votos expresados en ellas no se cumplieron, y cedía á un sentimiento de falso amor propio. Y me dije:—No, tal cual me salieron del corazon estas palabras, tales quedarán, ya que del afecto que manifiestan, no he de avergonzarme ni dolerme.

Pensé, pues, publicar de nuevo las páginas siguientes, sin alterarlas absolutamente en nada de cuanto contenían cuando vieron la luz; resolví dejar en ellas el sello de pasion, acaso exagerada, pero generosa y libre, que las hizo aceptas en su dia á los ojos de los pocos que las leyeran, y creerlas sentidas.

Además, como quiera que en aquella ebullicion de los ánimos no era fácil á un jóven conservar la justa medida de las cosas, pueden ser excusadas las exageraciones que quizá y sin quizá contienen.

Despues otra du la me asaltó: podría llegar dia en el cual estas páginas discordasen dolorosamente del sentimiento vivo, justo y comun á todos los italianos, y claro que á mí mismo. Y de nuevo deliberé acerca de las correcciones; pero volví á sentir rubor al pensar aún esta vez, que haber expresado gratitud y deseado que la fortuna fuese propicia al amigo á quien se deben beneficios, es y permanece siempre, un actonobilísimo, áun cuando este amigo se vuelva luego contra nosotros; y que cuanto más injusta sea su enemistad, tanto más grato resulta el recuerdo de haber obrado bien, puesto que quedamos autorizados para decir al amigo:—Nos ofendes y haces mal; te hemos amado y honrado.

Por último, segun mi leal saber y entender, he pagado una deuda.

Quien no crea que jamás tuvimos semejante débito, omita su lectura; quien crea lo contrario, no experimentará al pasar la vista por ellas, otro dolor que el de haber tenido un intérprete quizá demasiado entusiasta, y seguramente no bastante feliz.

[Florencia 13 de Agosto de 1870.]

La rota de un ejército es una de las formas más desoladoras en que puede presentarse la desventura á los ojos humanos.

Cae un gobierno, se despedaza un Estado, se disuelve una sociedad, entrechócanse intereses fortísiomos, precipítanse las fortunas, miles de familias quedan en la desgracia y en el duelo; pero de todo esto nada se vé; todo cuanto rodea tales desdichas conserva su aspecto habitual: el pensamiento adivina los dolores á través de las paredes domésticas, y las lágrimas vertidas en secreto. Mas la imágen viva de semejantes desconciertos no aparece; no se tiene á la vista el espectáculo que, revistiendo todas las formas y todos los efectos de la desventura, subyuga el alma y amarga para muchos años la existencia.

Un ejército derrotado presenta precisamente ese espectáculo.

Se han destrozado cien mil corazones, y veis pasar ante vuestros ojos asombrados cien mil semblantes pálidos que os van diciendo uno á uno:—Llevo des-

pedazado el corazon.-El dolor de cada indivíduo aumenta con el dolor de los restantes, y todos estos dolores juntos constituyen un dolor que hace saltar el alma en pedazos. En todos aquellos espíritus han caido, con la caida de la fortuna, edificios enteros de esperanzas y de sueños de gloria y de felicidad, de las que cada cual llevaba el pecho lleno, animando al valor. Los goces de tornar á casa, cien veces acariciados de sol á sol, se convierten en pertinaz y abrumadora pesadilla; atrevidos designios fantaseados en los momentos tranquilos, se desvanecieron por completo; lazos de afecto imperecedero se desligaron para siempre; las promesas ya no se pueden mantener ni cumplir. ¡En cada uno de aquellos corazones resalta la tristeza presentida de las infinitas ocasiones en las cuales se habrá de inclinar la frente, en vez de levantarla altanera, como cuando se partió para la campaña, estando en medio de la gente, y oyendo narrar detalles de la derrota! ¡Muchas palabras y actos de honesto orgullo que nos fueron familiares por espacio de mucho tiempo, y que la gente nos consentía en la confianza de la victoria, ahora no se nos toleran! ¡La misma consideracion pública se dejará percibir aminorada ó aniquilada á cada paso, con motivo de cualquier asunto, y hasta instintivamente se revelará en frases dichas sin intencion, pero que contienen este sentido!

Todo cambiará insensiblemente en nosotros, hasta los ademanes y las miradas.

Y lo que es más, nos punzará la conciencia.

Cesado el peligro, nos parece que ha debido morirse antes que ceder. Vuelve á la memoria el propósito hecho cuando el peligro aún estaba lejos, de que nos dejaríamos matar primero que rogar; lo habíamos resuelto, lo habíamos dicho cien veces y nos lo habíamos asegurado á nosotros mismos; estábamos seguros del cumplimiento de nuestra promesa y esta seguridad nos enorgullecía y elevaba ante los ojos de los demás y ante los de nuestra propia conciencia. Ahora, en cambio, siempre tendremos algo que echarnos en cara, y desde el fondo del alma oiremos una voz que nos repetirá que debimos ejecutar más de lo hecho y esto será perpétuo suplicio. Y aun mirando al re dedor, el corazon se nos oprime. Sobre ningun rostro de nuestros compañeros habíamos visto jamás pintarse el miedo ni imaginábamos por soñacion siquiera que se pudiese pintar: ¡ahora lo vemos! A cada uno de nosotros nos parecía que de nosotros mismos dependería el triunfo; cumplir nuestro deber era nuestro ideal; podía dudar cada uno de sí en determinados. momentos, pero no de los demás: jahora de los demás tambien dudamos y no en momentos determinados, sino siempre!

Todo ha cambiado: mil argumentos de fuerza se desvanecieron; mil de debilidad los han sustituido. ¡Y han bastado pocas horas! Y, sin embargo, entre la primera y la última de esas han trascurrido diez años; y nos reconocemos envejecidos; nos preguntamos si fué una pesadilla; entre nuestros ojos y lo que nos envuelve hay espeso velo; en medio del mortal silencio de los

soldados que marchan á nuestro lado, entre aquel único y sordo rumor delos pasos que hace más triste aque silencio, confuso eco del fragor de la batalla zumba aún en nuestros oidos como voz lejana que nos acusa y reprocha nuestra conducta. Cruzan por la cansada fantasía caras horrendas de enemigos, vistos rápidamente un solo segundo por entre nubes de humo, y sisonomías desfiguradas de compañeros que sucumbieron á nuestro lado y vemos claramente sus postreros instantes con todos los más minuciosos pormenores de los accidentes del terreno y del sitio donde cayeron para no volverse á levantar: aquella piedra, aquel rastro de sangre, aquella planta, aquel arma abandonada... Despues el ojo y el pensamiento recaen en el soldado que viene á nuestro lado, sobre el que camina 'á nuestra espalda y sobre aquel que vá lejos, y sobre el otro, y sobre todos los de la compañía y del batallon y de la columna... Adelantan muchos, casi furtivamente, como torrente rápido y oculto. Todos van cansados, desabrochados, sin armas la mayor parte, con la cabeza destocada muchos, á todos les falta algo de su vestuario y ninguno lo repara ni lo castiga: 1y el dia antes esas faltas constituían un delito! El campo está sembrado de armas, de prendas, de insignias, de correaje, de fornituras... Todos aquellos objetos, todos aquellos restos son las ruedas de la disciplina, el engranaje del órden y de la fuerza. ¡Cuánto tiempo y cuánto trabajo antes que todo se arregle!

En un dia solo, en una sola hora, se quebrantó el fruto amontonado por espacio de tantos años á costa

de tantos sacrificios y de tantos cuidados; el ejército, el orgullo y el amor á la patria, sobre los cuales se fabricaban tantas esperanzas, está roto y humillado; nuestros amigos y nuestros hijos que ayer pasaban ante nuestra vista soberbios, miradlos, los han vencido, no cantan, no hablan, inclinan la cabeza; aquellos rostros altivos, aquellas frentes juveniles, que besábamos cuando partieron, piensan y sufren y no quieren tornar á nuestro lado... ¡Oh no! Volved; sed siempre nuestros; os estrecharemos sobre nuestro corazon con el mismo afecto de antes; erguid la cabeza, levantad la frente, la victoria no siempre es de los bravos; ánimo, miradnos cara á cara... ¡No, no quieren, dicen que no; prosiguen caminando en silencio; lloran!

¡Oh, es duro, cruel, desolador, destroza el alma este espectáculo, el espectáculo de la derrota de un ejército! Es asunto triste para mí pensar en el mariscal Mac-Mahon.

La fortuna gasta infames juegos, segun la frase de Prati.

Me figuro la vuelta del duque de Magenta á París despues de la guerra de 1870, y la comparo con su entrada hace once años despues de la campaña de Italia.

Todo el ejército expedicionario desfiló por delante del emperador Napoleon: todo París se extendía á lolargo de tres ó cuatro millas á entrambos lados de la carrera que debían seguir los soldados. Los cuerpos entraron en la ciudad ordenados, regimiento por regimiento, batallon por batallon, del mismo modo que al llegar á un campamento. Cada mariscal precedía su cuerpo de ejército.—Pasó Baraguay-d'Hilliers con su brazo de menos, encanecido y venerable y fué saludado con estrepitosos aplausos y vivas y aclamaciones.

El entusiasmo rayaba en el delirio; no se aplaudia en realidad, se lanzaban al viento gritos inarticulados como los de los chicos, y se derramaban lágri-

mas de alegría.-Pasó Canrobert, jóven, guapo, con aquel su aire peculiar de general de la República, popular y simpático y rué acogido tambien con calurosísimas muestras de entusiasmo.—Pasó Niel, pasaron otros varios generales de division y de brigada ilustres y valientes, y sobre ellos, como sobre los demás, Ilovieron flores y saludos.-Pero cuando apareció el mariscal Mac-Mahon, el antiguo soldado de Crimea, el valeroso propugnador de Monte Fontana, el atrevido vencedor de Magenta, el caro y terrible Mac-Mahon, alabado y bendecido por tanto tiempo de lejos, por tanto tiempo esperado é invocado, el más glorioso hijo de Francia, segun le llamaban, el brazo derecho del emperador, el fdolo de los soldados, el primer campeon del ejército de Italia, entonces, la inmensa muchedumbre, en una exclamacion sobrehumana, unánime, se abalanzó al caballo, lo rodearon, lo detuvieron, lo cogieron por las botas de montar, lo aprisionaron por los faldones, por la vaina del sable, por todas partes, y de allí no le querían dejar que se moviera, mirándolo cara á cara, y ape-Ilidándolo con cuantos epitetos inventa el pueblo para enaltecer á sus queridos hijos en los instantes supremos de adoracion; todos lo amaban, todos se lo daban á entender con palabras, con gestos: ¡se trataba del orgullo de Francial Entre tanto caía de los balcones una lluvia de flores, de guirnaldas, de coronas de laurel, y él y el caballo, y el grupo inmenso, estaban enteramente cubiertos de los dones del delirio. Las señoras agitaban sus pañuelos desde las ven-

tanas, y la multitud á empujones se movía en oleadas lentas y compactas y redoblaba los gritos y los aplausos.—¡Plaza, plaza, gritaban los que estaban más lejos, tambien queremos verlo nosotros, todos tenemos derecho á verlo!—Pero los próximos no querían ceder su puesto preferente y caminaban pegados al caballo.—¡Es el caballo de Magenta, decían, y lo acariciaban, y lo besaban, y le arreglaban las flores entre las crines y en la montura... Mac-Mahon lloraba!

Y ahora?

Ahora... herirán su nombre, dir n que ha traicionado á Francia, que ha conducido sus soldados al matadero, que es un inepto, que ya se debía presumir, que se hizo muy mal en concederle el mando de un cuerpo de ejército, que se necesitaba haber comprendido tiempo há que no era otra cosa que un cabo atrevido, pero que careció siempre de cabeza y de instruccion propia para general; que otros son los talentos requeridos hoy para tales cargos, y que es una indignidad que se le deje todavía la espada, y que era forzoso someterlo á un consejo de guerra, para dar una satisfaccion á Francia; jy acaso, acaso... hasta cierto punto, hemos tenido ejemplos de esto en Italia!

Estos son verdaderamente grandes y terribles dolores que subyugan el alma y despedazan los corazones mejor templados. ¿Y será despues de todo suyo, enteramente suyo el error? ¿Suya la culpa? ¿Quién losabe? ¿Quién puede saberlo?

La distraccion de un momento, la noticia falsa 6-

equivocada, la señal que faltó, el arrojo demasiado atrevido, una ilusion pasajera, un punto, un cualquier cosa, un nada pudo ocasionar romper el fuego antes de tiempo, y provocar la derrota! ¿Y esto basta para determinar la caida de un hombre, de un hombre que ciñó el laurel á su frente; basta para arrancar de sus canas, nacidas en el campo de batalla, la corona que conquistára y arrojársela á los piés? ¿Basta para quitarle la fé en el ejército, al cual consagró su sangre y en el cual consumió los mejores años de su juventud; basta para contristarlo por siempre jamás, cuando esperaba morir sereno y cerrar sus ojos, rodeado de la paz y del amor de su patria y coronado de gloria?

¡Es una sentencia que espanta!

Nosotros somos más tranquilos y más justos; en nosotros, la ira y el exclusivismo nacional calla, y perdonamos el dolor causado por la injusticia de precipitadas condenas. Sea nuestra palabra generosa y prudente. Para nosotros, italianos, el nombre de Mac Mahon es nombre de amigo; nombre de antiguo hermano de armas; nombre que nos recuerda los más bellos dias y los más caros entusiasmos de nuestra revolucion; nombre que inspira afecto y reclama gratititud: no lo olvidamos. Se puede, en Italia, juzgar de diversa manera el gobierno napoleónico; mas para los generales, para los soldados, para todos aquellos que combatieron por nosotros en nuestro suelo, no es posible sino un solo sentimiento, y el tenerlo es un deber, y el expresarlo un acto noble y leal. Para

nosotros; Mac-Mahon era venerable y querido, tanto como el más viejo y el más heróico de nuestros soldados; paguémosle hoy la deuda de agradecimiento que á él nos liga; paguémosela respetándolo y defendiéndolo de las iras innobles y de las persecuciones crueles. Quien tiene corazon é inteligencia para comprender las grandes desventuras y para medir los grandes dolores, nos enviará desde lejos un saludo reverente y afectuoso para el vencido de Wörth, diciéndole desde lo más profundo del alma:—¡Mariscal! los italianos no son ingratos; para nosotros sois siempre el vencedor de Magenta: ¡nosotros no olvidaremos jamás que la corona del rey de Italia brilla con el reverbero de vuestra espada!

policies research to a find a data cons

[14 de Agosto.]

Decir ahora que todo lo del ejército francés es malo; generales, estado mayor, armamento, táctica, disciplina, no basta; todavía esto es poco; porque estas son cosas que se pueden cambiar, y las mudará la experiencia; es preciso ir más lejos; se requiere dar un juicio de naturaleza irrevocable que constituya duraderamente en la opinion vulgar la inferioridad de Francia.

¡Y este juicio hay ya quien lo ha encontrado y lo ha manifestado en los siguientes términos:

-"El valor del soldado francés no es suficiente hoy dia para vencer en el combate. Es una clase tal de valor, que pudo ser bueno en los tiempos de los fusiles de chispa y nunca hoy con los nuevos armamentos de tiro rápido, para los cuales se exije calma, más que nada, y ojo certero. El valor francés impetuoso y tumultuoso, se reduce en las batallas del dia á una causa y un elemento de desórden y de perturbacion. Resume la lucha, en contínua carrera que perjudica el éxito, quita las fuerzas, duplica las pér-

didas y fastidia poco al enemigo, ó mejor dicho, no consigue otra cosa que aburrirlo. Los prusianos poseen el verdadero valor tranquilo é incansable como ahora se requiere: el valor reflexivo, previsor, inmóvil que vijila y espera y sabe desencadenarse con oportunidad."

Mucha gente lo cree firmemente así: ¡una carrera precipitada, un grito, un bayonetazo: he ahí la decantada furia francesa! Alguno llega á añadir: -¡No es sério!

¡Ah! Preciso es convenir que hay gran suma de seriedad en Europa, porque si se coloca el dedo á la ventura en el mapa, de diez veces, nueve se señala un pueblo que sobre poco más ó menos alardea de poseer su valor á la manera del de los prusianos; y una ó dos veces apenas, se tropieza con un pueblo famoso en aquel género de ligereza con que se alaba á Francia. El soldado inglés es un soldado tenaz; el ruso tenaz; el austriaco, tenaz; el prusiano, tenaz; el suizo, tenaz; el dinamarqués, tenaz; y otros tantos tenaces. Y de andarines, de incautos, de locos, se cuentan apenas el francés, el americano y quizá algun otro del cual habría mucho que hablar. Y francamente, acaso acaso, hay que suponer que aquel valor sea más cómodo, en vista de que es tan comun.

Pero hágase el argumento de otra manera. Descompónganse en sus elementos este como si digéramos valor del porvenir, y se encontrará que son tales elementos, por ejemplo: la constancia, la sirmeza, la confianza profunda y tranquila en las propias fuerzas,

AMICIS, 1870-71

150

aquella virtud indómita y salvaje que quiere, y se obstina y se inflama en la adversidad y sabe templarse en sí misma, y resucita en los más sieros descalabros.

Y bien: si la constancia se revela en treinta años de guerras gigantescas ganadas á precio de largas marchas forzadas, y gracias á fatigas y empeños inauditos é increibles; si hay campo bastante para demostrar la firmeza, con los nevados picos de los más altos montes de la sierra, á través de los desiertos, de las landas, de los pantanos palúdicos á grandes distancias de la pátria, circundados de enemigos, sin refugio, sin socorro, sin pan; si la fé en las propias fuerzas puede manifestarse provocando á Europa y arrojándose en medio de cinco ejércitos enemigos, reuniéndose, despues de dispersos y desbaratados, al sonido de un grande nombre y al solo anuncio de un gran designio; si la virtud salvaje que quiere y se obstina hay modo de probarla renovando diez veces los desesperado asaltos, muriendo por miles en las marchas desastrosas sin levantar una protesta ni proferir un lamento, agrupándose y apretándose en pequeña fila en los momentos supremos de la derrota, para aterrar al enemigo en su victoria y enseñar al mundo cómo se muere; si á todas estas cosas se puede dar el nombre de constancia, firmeza, confianza, virtud, más bien que ímpetu ciego y fuga instantánea... dedúzcase si al soldado francés que hizo cien veces todo eso, le falta ese como si dijéramos valor del porvenir!

¡Impetu! ¡Carrera! Pero, ¡Dios mio! Mientras se

ataca con ímpetu y se asalta á la carrera, los enemigos hacen fuego cerrado en toda la línea y disparan sus cañones; la metralla diezma las columnas de los que atacan, y siembra el terreno de miembros despedazados, y riega el suelo de sangre. Y se necesita no reparar en esto; es preciso apretar las filas y seguir adelante; se requiere pasar por encima de los cadáveres y mirar los cráneos aplastados, sin dejarnos invadir el corazon por el sentimiento del terror ó de la desesperacion; es forzoso escuchar con ánimo imperturbable los gritos horrorosos de los amigos y de los camaradas, que yacen mutilados, esperando tranquilos la muerte, frente á frente, sabiendo morir; es indispensable, en fin, que todo esto se consiga, sólo con la imágen de la patria en la mente, los colores de la bandera nacional ante los ojos, y zumbando en el oido la voz del coronel!!!

¡Esa es la furia del asalto de los franceses; la furia que tomó el Monte de los Cipreses, la iglesia de San Nicolás, la Torre de Solferino, las abruptas alturas de Pellegrino y de Folco! ¡Impetu, carrera!... ¡Sí, un ímpetu que cubre las pendientes de las montañas de cadáveres; una carrera sangrienta que manda á casa los regimientos diezmados, y puebla los hospitales de brazos cortados y piernas amputadas!

Tambien cuenta el soldado francés con su obstinacion; la obstinacion bella y espantosa de la ira. ¡Preguntadle, preguntad á los austriacos si se dejan arrebatar sus cañones, y si saben morir alrededor de sus banderas!

Era de preverse: la fama de los generales no bastade hoy en adelante para saciar la malignidad de quienes suspiraban por la humillacion de Francia; se duda de los soldados, duda infame. Los campos de-Worth y las alturas de Wissemburgo están sembrados de cadáveres prusianos. Las columnas del príncipe real y el príncipe Federico adelantan por un campo encharcado de sangre. Los despachos telegráficos que anuncian la victoria á Berlin, todos contienen una palabra de dolor sobre la tremenda grandeza de los muertos que costó por ámbas partes. Y no se podría, sin infinita vileza, dudar entre nosotros del valor de los franceses, que los vimos morir á nuestrolado á metrallazos, con el nombre de Italia en los labios; nosotros, que ayer únicamente palidecimos deadmiracion y de terror ante un monte de calaveras francesas en la Iglesia de Solferino.

¿No queréis que os lo recuerde?

¿Os pesa la gratitud?

Debemos amar y venerar el ejército francés fuera de toda razon política, de todo interés nacional, de todo lazo de agradecimiento.

El ejército francés cuenta con una gloria suya y

una vida suya que pasó espléndida y sin contaminarse al través de los reinados, de las revoluciones y de las Repúblicas, en nombre de la cual combatió hace ochenta años. El soldado francés fué antes que todo, y sobre todo, soldado de la revolucion y de la libertad. Cambiada la bandera no cambió su sangre, y su valor se enciende todavía con la llama antigua. Bajo el burdo capote, late todavía el corazon que latía bajo la chaqueta del jovencillo que volaba á los confines de Francia descalzo, lacerado y soberbio. En el nuevo soldado arde aún el espíritu que regía la conducta de aquel jovenzuelo cuando arrastraba los cañones por encima de los escarpados Alpes. Las filas de los nuevos soldados poseen la fuerza que cerraba los insuperables cuadros en las arenas de Egipto. En el pecho del nuevo quinto se halla viva la tenaz y magnánima virtud que lo animaba estenuado y de--caido en la soledad de los desiertos de nieve, en aquella sublime locura de la campaña de Rusia.

Nosotros amamos estas memorias, porque el ejército francés se nos representa con el fecundo tumulto de afectos y sentimientos que suscitára en nuestra alma; lo amamos como se ama á lo grande y solemne, en la desventura como en la gloria; amamos este soldado porque fué valeroso, indómito, desgraciado, pronto al sacrificio; lo amamos en sí mismo y por sí mismo, aparte de su pueblo y de su Soberano; amamos aquel morrion y aquella antigua casaca, aquellas correas cruzadas de los guardias imperiales, aquellos colores, aquellas insignias, aquellos recuerdos, aque-

llas banderas con los nombres de Friedlan y de Austerlitz, el áura venerable que se desprende de aquellas filas; amamos este ejército, en fin, porque tambien nosotros como aquel jovenzuelo de Los Miserables, leyendo por la noche las páginas inmortales de su gran epopeya, hemos sentido la en soledad de nuestro cuarto el paso mesurado y pesado de los batallones de la guardia, el grito lejano de los regimientos, el eco de cien cañones reunidos y enfilados á la vista fulmínea del gran capitan, y poco á poco el corazon se nos llenó de afectos y los ojos se nos llenaron de lágrimas, la sangre ardió en nuestras venas, y abriendo con convulsiva fúria las ventanas, hemos lanzado un grito de entusiasmo en el silencio de la noche:—¡Viva el emperador!

-¿A quién desiendes tú?

-Yo apuesto por Prusia.

-Por qué?

—Porque me pone nervioso la vanidad de los franceses.

Sí, volvemos al argumento; así es efectivamente: se perdona todo, hasta á un enemigo, excepcion hecha del menor signo que nos dé y exprese algo superior á nosotros. Estamos convencidos, nos lo repetimos infinitas veces á nosotros mismos; daríamos un ojo de la cara por podernos creer autorizados para alzar la cabeza y andar altaneramente como ese enemigo; quizás en su caso obraríamos peor, y así lo declaramos; pero no toleramos que otro demuestre que está advertido, y que nos dé á entender que lo comprende. En el fondo es un sentimiento comun, aunque mezquino, bajo y despreciable cuando se saca partido para la aversion y enemistad, reprimiendo en nosotros todos aquellos movimientos y combatiendo todas aquellas tendencias que nos llevarían más razonablemente á la simpatía y al afecto.

Además, nótese que los franceses no tienen esa fanfarronada porque hayan hecho algo por lo cual les sea lícito usar hasta cierto punto de este derecho, sino porque son franceses. No se trata de averiguar si ese orgullo es ó no fundado sobre algo verdadero y sólido; lo que se exige es que la modestia sea respetada, y nosotros somos los paladines de la modestia.

Procuremos no engañarnos; procuren estos paladines no cambiar el legítimo y fiero orgullo nacional para el que la fanfarronada de todo extranjero resulta molesta é injuriosa, con el despecho y la envidia mezquina que despierta en las almas pequeñas una superioridad incontrastable. Sentimientos muy diversos, pero que visten la misma forma frecuentemente.

Eso que se llama blague no es, despues de toda otra cosa, que el signo de la fuerza y de la gloria siempre y en todas cosas.

Quisiera poner á Italia en lugar de Francia y que cada francés cogiendo un italiano le digese como á ellos se les dice, sinó con las palabras, con los hechos:

—"Eres un hombre de ingénio: reuno el tesoro de todas tus buenas frases, y cuando quiero deciruna agudeza te la robo 6 calco la mia sobre la tuya. Las más bellas comedias son las tuyas; las más bellas novelas, las tuyas; los escaparates de mis libreros están siempre llenos de libros tuyos; me visto desde la cabeza hasta los piés con las telas que me haces, y mi mujer y mi hija se aderezan al modo que te place; eres el legislador del buen gusto, de la moda y de todo; cuando tu ciudad capital estornuda, como dice

Victor Hugo, la mia le hace eco; cuando dá una carcajada le cae á la mia en gracia y revienta derisa; mis ministros hacen todo aquello que se te pasea por el cerebro y tus soldados son los primeros del mundo; todas tus cosas son bellas y grandes; te robamos todo, el estilo, las muestras de las tiendas, los periódicos, el acento, la lengua, los bailes, los proverbios, los juegos y las loretas."

Quisiera ver la cara de un italiano al cual se le dirigiera el anterior discurso.

Pero nosotros, italianos, antes de 1866, ¿no crefamos ya que Italia fuese el prototipo de la civilizacion, la vanguardia de una edad nueva, el faro del mundo civilizado é incivil tambien?

¿No se salia de los gimnasios y de los liceos con el profundo convencimiento que en punto á literatura, á ciencias, á artes, á armas, á valor, en punto á todo nos dejábamos muy atrás á toda Europa?

Cada uno de nosotros ino estaba incesantemente persuadido y seguro que cada italiano podía muy cómodamente atravesar de cada bayonetazo media docena de croatas?

¿Los austriacos? los hemos destrozado.—¿Los franceses? los hemos batido en Roma.—¿Los rusos? los vencimos en Crimea.—¿Los suizos? los hemos dispersado en Castelfidardo.—¿El mundo entero? lo hemos dominado desde Roma; César y Bruto son nuestros padres; corre en nuestras venas la sangre de los vencedores del mundo; nuestro keppi es el yelmo de Escipion, y ¡quién sabe si desde aquí no llegará un dia